

rígido, sino un hombre lleno de indulgencia y ternura que quiere atraer un alma á Dios y alcanzar una esposa divina.

A la manera que un labrador lleva solícito al aprisco el cordero maltratado por las malezas, así el hijo de Lastenes traslada en sus brazos á Cimodocea y la deja en un brazo de césped á la entrada de la gruta. Entonces la hija de Demodoco le dice con voz balbuciente:

—¿Me perdonarás el haber turbado de nuevo tus misterios? Un dios, ignoro cual, me ha estraviado como la primera noche.

—Cimodocea! replicó Eudoro, tan trémulo como la sacerdotisa de las Musas, el Dios que te ha estraviado es mi Dios, mi Dios que te busca y quiere tal vez que seas mía.

La hija de Homero repuso:

—Tu religion prohibe á los jóvenes unirse á las doncellas y á las doncellas seguir los pasos de los jóvenes; tu no has amado sino cuando eras infiel á tu Dios.

Cimodocea se ruborizó, y Eudoro replicó:

—¡Ah! nunca he amado cuando ofendía mi religion; lo conozco ahora, que amo por la voluntad de mi Dios.

El bálsamo derramado sobre la herida, y las frescas aguas que aplacan la sed del fatigado viajero, tienen menos encantos que aquellas palabras del hijo de Lastenes, que penetraron de alegría el corazón de Cimodocea. Bien así como dos álamos se elevan silenciosos al borde de un manantial, durante la calma de una noche de estío, los dos esposos señalados por el cielo permanecían inmóviles y mudos á la entrada de la gruta. Cimodocea rompió el silencio:

—Guerrero! dijo, perdona las importunas preguntas de una meseniana ignorante. Nadie puede saber cosa alguna sino ha sido instruido por un hábil maestro, ó si los mismos dioses no han cuidado de adornar su espíritu. Una joven especialmente nada sabe á no ser que haya ido á bordar velos á casa de sus compañeras, ó visitado los templos y teatros; yo nunca me he separado de mi padre, sacerdote querido de los inmortales. Dime: toda vez que se puede amar en tu culto, ¿hay en él una Venus cristiana, con carroza y palomas? Los deseos, las quejas amorosas, las conversaciones secretas, los inocentes artificios, las festivas frases que sorprenden el corazón del hombre más sensato, están ocultos en su ceñidor, como refiere mi divino abuelo? ¿Es temible la cólera de esta diosa? ¿Obliga á la doncella á buscar al joven en la palestra y á introducirlo furtivamente bajo el techo paterno? ¿Tu Venus hace titubear la lengua? inocula un fuego devorador ó un frio glacial en las venas? ¿Precisa á recurrir á los filtros para atraer de nuevo á un amante versátil, á cantar la luna y conjurar el umbral de la puerta? ¿Tú, cristiano, ignoras acaso que el Amor es hijo de Venus, que fue alimentado en los bosques con la leche de las fieras; que su primer arco era de Fresno y sus primeras flechas de eiprés; que se sienta sobre el lomo del león, sobre la grupa del centauro y sobre los hombros de Hércules; que tiene alas y una venda, y que acompaña á Marte y á Mercurio, la elocuencia y el valor?

—¡Infel! replicó Eudoro, mi religion no favorece las pasiones funestas, pero sabe imprimir mediante la misma sabiduría, una exaltación á los sentimientos del alma que jamás inspirará tu Venus. ¿Qué religion es la tuya, Cimodocea? Nada es más casto que tu alma, ni más inocente que tu pensamiento; y no obstante, al oírte hablar de tus dioses, ¿quién no te juzgaría demasiado iniciada en los más peligrosos misterios? Sacerdote de los ídolos, tu padre ha creído llenar un acto de piedad instruyéndote en el culto, en los efectos y atributos de las pasiones divididas; pero un cristiano temeraria ofender el amor

valiéndose de pinturas libres en demasía. Si yo, Cimodocea, hubiese podido merecer tu ternura; si debiese ser el esposo elegido de tu inocencia, me complacería en amar en tí, menos á una mujer perfecta que al mismo Dios que te creó á su imagen. Cuando el Todopoderoso formó al primer hombre del barro de la tierra, le colocó en un jardín más delicioso que los bosques de la Arcadia; pero hallando en breve este hombre su soledad sobrada profunda, suplicó al Criador le diese una compañera. El Eterno sacó entonces de la costilla de Adam una criatura divina, y la llamó mujer, haciéndola esposa de aquel cuya carne y sangre era. Adam había sido formado para el dominio y el valor, y Eva para la sumisión y las gracias; la grandeza del alma, la dignidad del carácter y la autoridad de la razón formaron el patrimonio del primero, en tanto que la segunda recibió en amable herencia la belleza, la ternura y las seducciones invencibles. Tal es, Cimodocea, el modelo de la mujer cristiana. Si accedes á imitarla, procuraré hacerte para mí, en nombre de todos los atractivos que cautivan los corazones; te haré mi esposa por una noble alianza de justicia, de compasión y misericordia; reinaré sobre tí, Cimodocea, por que el hombre está formado para el mando, pero te amaré como al racimo hallado en un ardiente desierto. A imitación de los patriarcas, nos uniremos con la mira de dejar en pos de nosotros una familia heredera de las bendiciones de Jacob; de esta manera el hijo de Abraham tomó en su tienda á la hija de Batuel, recibiendo en ello tan viva alegría que olvidó la muerte de su madre.

A estas palabras, Cimodocea vertió lágrimas de vergüenza y ternura.

—Guerrero! dijo, tus palabras son dulces como la miel y penetrantes como las flechas. Veo claramente que los cristianos saben hablar el lenguaje del corazón. Yo tenía en mi alma todo lo que acabas de decir. ¿Sea, pues, la mía tu religion, toda vez que enseña á amar mejor!

Eudoro, no escuchando ya sino su amor y su fe, prosiguió:

—¿Cómo! Cimodocea, ¿querías ser cristiana? ¿Daría yo tal ángel al cielo, tal compañera á mis días?

Cimodocea bajó la cabeza y respondió:

—No me atrevo á hablar más, sin que me hayas acabado de enseñar el pudor; virtud que había dejado la tierra con Nemesís, y que los cristianos han hecho bajar del cielo.

Un movimiento del hijo de Lastenes hizo entonces caer al suelo su crucifijo, y la joven meseniana prorumpió en un grito de sorpresa, producido por una especie de terror.

—Esta es la imagen de mi Dios, dijo Eudoro, levantando con respeto el leño sagrado; de ese Dios que bajó al sepulcro y resucitó lleno de gloria.

—¿Tu Dios, pues, es semejante al hermoso joven de la Arabia, llerado por las mujeres de Biblos, y devuelto á la luz de los cielos por la voluntad de Júpiter?

—Cimodocea! repuso Eudoro con dulce severidad; algún día conocerás hasta qué punto es impía y sacrilega tal comparacion; en lugar de misterios de oprobio y placer, ves aquí milagros de modestia y dolor; ves al Hijo del Todopoderoso clavado en una cruz para abrirnos el cielo y para honrar en la tierra el infortunio, la sencillez y la inocencia. Pero en la margen del Ladonte, en medio de una noche encantadora, en este país donde la imaginación de los poetas ha colocado el amor y la felicidad, ¿cómo detener el espíritu de una sacerdotisa de las Musas en objeto tan grave? No obstante, hija de Demodoco, las meditaciones austeras fortifican en el corazón de un cristiano los afectos legítimos; y al hacerle capaz de todas las virtudes, le hacen más digno de ser amado.

Cimodocea prestaba atento oído á estos razona-

mientos, y cierto asombro indefinible dominaba su corazón. Parecióle que una venda caía repentinamente de sus ojos y que descubría una lejana y divina luz. La sabiduría, la razón, el pudor y el amor se presentaban por vez primera á sus ojos en desconocida alianza. Esa tristeza evangélica de que el cristiano reviste todos los sentimientos de la vida; esa voz de dolor que hace salir del seno de los placeres, acababan de admirar y confundir á la hija de Homero. Eudoro, presentándole el crucifijo, le dijo:

—¡Hé aquí el Dios de caridad, de paz, de misericordia, y no obstante, el Dios perseguido! ¡Oh Cimodocea! Solo sobre esta augusta imagen puedo recibir tu fe, si me conceptuas digno de ser tu esposo, pues nunca el altar de tus ídolos, nunca el careaj de tu Amor verán al adorador de Cristo unido á la sacerdotisa de las Musas.

¿Qué momento para la hija de Homero! Pasar súbitamente de las ideas voluptuosas de la mitología, á un amor jurado sobre un crucifijo! Aquellas manos que nunca habían tocado sino las guirnáldas de las Musas y las cintas de los sacrificios, se veían cargadas por la primera vez con el signo formidable de la salvación de los hombres. Cimodocea, herida como Eudoro por el ángel de los santos amores, y arrastrada por encanto irresistible, promete dócil hacerse instruir en la religion del dueño de su corazón.

—¡Y serás mi esposa! dijo Eudoro, estrechando las manos de la tímida virgen.

—¡Y seré tu esposa! repitió la estremecida joven.

¡Dulce juramento, proferido en presencia del Dios de las lágrimas y del infortunio!

En esto, se oyó sobre las cimas de las montañas un coro que daba principio á la fiesta de las Lupercales, y que cantaba al dios Pan, protector de la Arcadia, é de los pies de cabra, el terror de las ninfas, é inventor de la flauta de siete agujeros. Estos cantos anunciaban la proximidad de la aurora, que alumbraba con sus primeros albores el sepulcro de Epaminondas y la cima del bosque Pelago en los campos de Mantinea. Cimodocea se apresuró á volver á la casa paterna, y Eudoro fue á despertar á Lastenes.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

SUMARIO. Cimodocea declara á su padre que quiere abrazar la Religion Cristiana, para ser esposa de Eudoro. Resolución de Demodoco. Recíbese la noticia de la llegada de Hierocles á la Acaya. Astarté ataca á Eudoro, y es vencido por el ángel de los santos amores. Demodoco accede á dar su hija á Eudoro, para evitar las persecuciones de Hierocles. Empadronamiento de los cristianos en la Arcadia. Hierocles acusa á Eudoro para indisponerle con Diocleciano. Cimodocea y Demodoco parten para Lacedemonia.

YA el sacerdote de Homero ofrecía una libacion al sol que salía de las olas, para saludar á este astro cuya luz alumbraba los pasos del viajero; y tocando con una mano la tierra humedecida por el rocío, se preparaba á dejar el techo hospitalario de Lastenes. Inopinadamente, Cimodocea trémula de temor y amor se presenta á su padre y se arroja en brazos del anciano. Demodoco había adivinado sin dificultad la causa de la agitacion que empezaba á atormentar á la sacerdotisa de las Musas; pero como ignoraba aun que el hijo de Lastenes participase del mismo amor, procuró consolar á Cimodocea.

—Hija mía, le dijo, ¿qué divinidad te ha herido? Lloras tú, cuya edad solo debería conocer las inocentes risas! ¿Qué oculta pena se ha deslizado en tu pecho? ¡Oh hija! recurramos á los altares de los dioses preservadores y á la compañía de los sabios que devuelven á nuestra alma su tranquilidad primera. El

templo de Juno Lacinia está abierto por todas partes, y no obstante, los vientos no dispersan en su recinto las cenizas del sacrificio; tal debe ser nuestro corazón: si los huracanes de las pasiones penetran en él, es preciso á lo menos que jamás alteren la paz de su santuario.

—Padre de Cimodocea, replicó la joven meseniana, tú ignoras nuestra felicidad! Eudoro ama á tu hija y quiere suspender á su puerta las coronas de Himeneo.

—Dios de las ingeniosas mentiras, exclamó Demodoco, ¿no me has engañado? ¿Debo creerte, hija mía, ó la verdad habrá dejado de reinar en tus labios? Pero ¿deberé admirarme al verte objeto del amor de un héroe? Tú disputarías el precio de la hermosura á las ninfas del Ménalo, y Mercurio te habría elegido en el monte Quelidoreo. Refiéreme, pues, de qué manera el cazador arcadio te ha hecho conocer que se halla herido por el hijo de Venus.

—Esta noche, respondió Cimodocea, me propuse cantar á las Musas para alejar no sé qué desvelo de mi corazón, cuando Eudoro, á la manera de uno de esos brillantes sueños que salen de las puertas del Eliseo, me ha encontrado en las sombras, y tomándome de la mano, me dijo: Virgen! quiero que los hijos de tus hijos se sienten durante siete generaciones sobre las rodillas de Demodoco. Pero me dijo todo esto en su lenguaje cristiano, con harta más elocuencia de la que yo puedo usar para referírtelo; y me ha hablado también de su Dios, que es un Dios que ama á los que lloran y bendice á los desvalidos. Padre mio, este Dios me ha cautivado, porque nosotros no tenemos entre las nuestras tan benévolas y piadosas divinidades. Es preciso que yo aprenda á conocer y á practicar la religion de los cristianos, puesto que el hijo de Lastenes no puede recibirme sino á esta condicion.

Cuando el apacible Boreas y el viento nebuloso del Mediodía se disputan el imperio de los mares, los marineros se fatigan en presentar alternativamente la vela oblicua á la tempestad: así Demodoco cede ó resiste á los encontrados sentimientos que le combaten. Piensa con alegría en que Cimodocea colgará del altar del Himeneo el estéril ramo de la vestal, y que la familia de Homero, próxima á extinguirse, verá florecer en su derredor numerosos vástagos. Demodoco ve además en el hijo de Lastenes un yerno ilustre y lleno de honores, y sobre todo, un poderoso protector contra el favorito de Galerio; pero se estremece al considerar que su hija habrá de abandonar sus dioses paternos, siendo además perjura á las nueve Hermanas y al culto de su divino abuelo.

—¡Ah, hija mía! exclama, estrechándola sobre su corazón ¡qué mezcla de lágrimas y felicidad! ¿Qué acabas de decirme? ¿Cómo negarte y cómo concederte lo que pides? ¿Abandonarás á tu padre para seguir á un dios extraño á nuestros antepasados? ¿Cómo! ¿podríamos tener dos religiones? ¿podríamos pedir al cielo favores diferentes? Cuando nuestros corazones no forman sino un mismo corazón, ¿cesaríamos de tener un solo é idéntico sacrificio?

—Padre mio, dijo Cimodocea interrumpiéndole, jamás te abandonaré, jamás mis votos serán diferentes de los tuyos! Cristiana, viviré contigo cerca de tu templo y contigo recitaré los versos de mi divino abuelo.

El sacerdote de Homero, sollozando y estrechando en sus manos su respetable barba se sustrajo á las caricias de su hija, recurriendo á la soledad para pedir consejo á los dioses en la montaña: de este modo volaba antiguamente el águila de los Alpes al seno de las nubes durante la tempestad; y, noble augurio de los destinos romanos, volaba á conocer en el seno del rayo los ocultos proyectos del cielo. A vista de todas aquellas montañas de la Arcadia, selladas por

el culto de alguna divinidad, Demodoco vierte lágrimas, próxima la superstición á triunfar en su ánimo. Pero ¿cómo negar á Eudoro al amor de Cimodocea? ¿Cómo labrar la eterna desventura de su hija? Dios, que prosigue sus designios, acaba de subyugar á Demodoco y hace servir á la gloria de sus futuros elegidos la debilidad paternal. Por un efecto de su poder, pone fin á la perplejidad del sacerdote de Homero; y disipando sus temores, le presenta el matrimonio de Cimodocea y Eudoro bajo los más prósperos auspicios. Demodoco vuelve á los hogares de Lastenes, y viendo afligida á su hija, exclama:

—No llores, ¡oh virgen digna de todas las prosperidades! No quieran los cielos que Demodoco cueste jamás una lágrima á unos ojos que le son más caros que la luz del sol! Sé la esposa de Eudoro, y ojalá por única merced, tu nuevo Dios no te arranque á los brazos de tu padre!

En aquel momento Eudoro revelaba igualmente al suyo el secreto de su corazón.

—Hijo mío, dijo el esposo de Sefora, sea cristiana Cimodocea! entrégame en herencia el reino del cielo, y no olvides la complacencia para con tu esposa.

Eudoro, guiado por el ángel de los santos amores, corre en busca de Demodoco, y creyendo hallar solo al sacerdote de Homero, ve al padre y la hija estrechamente abrazados. Ignorando si su suerte está decidida se detiene; pero Demodoco le dice:

—¡He aquí á tu esposa!

Y copiosas lágrimas de ternura ahogan la voz del anciano. Eudoro se precipita á los pies de su nuevo padre, y abraza al mismo tiempo las rodillas de Cimodocea. Lastenes, su esposa y sus hijas llegan á la sazón, y arrojándose al cuello de la sacerdotisa de las Musas la colman de caricias, llamándola dos veces hermana, como sierva de Jesucristo y como esposa de su hermano.

Cirilo fue elegido por unanimidad para sembrar las primeras semillas de la fe en el corazón de la futura catecúmena. Ambas familias resolvieron dirigirse á Esparta, para que el santo obispo multiplicase sus lecciones y acelerase el enlace de Cimodocea.

Pero mientras el cielo prosigue sus designios, el infierno cumple sus amenazas. Demodoco y Lastenes habiense apenas unido por medio de un solemne juramento, cuando la noticia de la llegada de Hierocles llenó de consternación á los habitantes de la Mesenia. Hubiérase visto á las madres estrechar á sus hijos entre sus brazos, suspenderse los juegos como en una calamidad pública, enlutada la Iglesia y hasta los mismos paganos poseídos de terror; ¡tan triste es el efecto de la presencia del malvado!

Precedido de sus lictores, el procónsul penetra en la Mesenia, y hace publicar al punto el edicto del empadronamiento de los cristianos. Cuando rapaz un lobo vaga en torno del aprisco, sus ojos se encienden á la vista del numeroso rebaño apacentado en fértiles praderas; la vista de las ovejas escita su hambre; y su lengua colgando de la boca entreabierta, parece ya teñida en la sangre de que anhela saciarse: así Hierocles, presa de su rencor á los fieles, se enardece á la idea de las vírgenes indefensas, de los niños débiles y de la multitud de los cristianos que va á reunir al pie de su tribunal.

Impelido por el más pernicioso de los espíritus del abismo, sube á la cima del Itomo, y busca con ávidos ojos á través del bosque de olivos las columnas del templo de Homero. Mas, ¡cuál fue su sorpresa al no hallar en el santuario al guarda del altar, y al saber que Demodoco y su hija habían ido á visitar á Lastenes, cuyo hijo encontrara á Cimodocea en los bosques del Taigeto!

A tan inesperada nueva, el rostro de Hierocles se demuda, y mil pensamientos confusos se levantan

en su pecho. Lastenes era el cristiano más rico de la Grecia y padre de Eudoro, el poderoso enemigo de Hierocles. Mas, ¿cómo ha abandonado Eudoro el ejército de Constancio? ¿Qué ignorada fatalidad le ha conducido á aquellas playas, para desconcertar de nuevo las miras del altivo procónsul de Acaya? ¿Habrá interesado el corazón de Cimodocea?... Hierocles arde en vehementes deseos de aclarar sus crueles sospechas, y la inquietud que le devora no le permite la menor dilación.

No lejos de la casa de Lastenes, y cerca de las ruinas de un templo que Orestes había consagrado á las Gracias y las Furias, descollaba un magnífico palacio. Hierocles le había hecho construir por uno de los descendientes de Ictino y Fidias, cuando se proponía robar á Cimodocea á su padre para ocultar su víctima en la deliciosa mansión; mas, habiendo vuelto á la corte de los emperadores, no había tenido el tiempo necesario para dar cima á tan negro propósito. Pero proponiéndose ya trasladarse á este palacio manda que los cristianos de la Arcadia concurran de todas partes á dejar en él sus nombres. Inmediato á la vivienda de Lastenes, esperaba ver cuanto antes á Cimodocea y descubrir con qué mira se había trasladado la sacerdotisa de las Musas á la casa del adorador de Cristo.

Mas veloz que el rayo, la fama ha publicado en breve la noticia de la llegada de Hierocles, desde las cumbres de Apesanto, montaña respetada de los pueblos de la Argólida, hasta el promontorio de Maleo, que ve á los astros fatigados descansar sobre su cima. Refiere al mismo tiempo los males que amenazan á los cristianos, y Demodoco se estremece. ¿Permitirá que su hija abraza una religión rodeada de tantos peligros? ¿Podrá por otra parte desconsolar á Cimodocea, que se obstina en llamar á Eudoro su esposo?

En el fondo del corazón de Eudoro se levantan igualmente pensamientos tumultuosos, pues los demonios le presentan oculto combate, y deseando seducirle, arman contra él toda la generosidad de sus propios sentimientos. Atraer un alma á Dios á despecho de todos los peligros y de todos los obstáculos, es la mayor felicidad del cristiano; pero Eudoro no siente en sí todavía celo tan ardiente, valor tan sublime. El infierno, que intenta hacer nacer funestas rivalidades, pero que teme ver pasar á Cimodocea al culto de la cruz, procura oscurecer la fe del hijo de Lastenes; Satanás llama á Astarté, le manda acometer al joven cristiano á quien con tanta frecuencia ha vencido, y arrancarle al poder del ángel de los santos amores.

Al punto, el demonio de la lujuria se reviste de todos sus encantos, y tomando una odorífera antorcha, atraviesa los bosques de la Arcadia, en tanto que los Céfiros agitan blandamente la apacible luz de la antorcha. El mágico fantasma hace nacer á su paso multitud de engañosos prestigios: la naturaleza parece reanimarse á su presencia, la paloma gime, el ruiseñor suspira y el ciervo sigue bramando á su veloz compañera. Los espíritus seductores que encantan los bosques del Alfeo, entreabren las encinas y muestran por entre sus troncos su cabeza de ninfas; resuenan voces misteriosas en la cima de los árboles, mientras las divinidades campestres bailan, desplegando guirnaldas de flores en derredor del demonio de la lujuria.

Astarté entra en la gruta de Eudoro, y empieza á inspirarle pensamientos de un amor puramente humano.

—Tu puedes, le insinúa, morir por tu Dios, si tu Dios te llama; ¿pero osarás arrastrar á Cimodocea en tus desventuras? Mira esos ojos que despiden llamas y ese seno que hace nacer los deseos; ¿quieres encorvar sus gracias bajo el peso de las cadenas? ¡Ah! ¿cuanto más prudente sería suavizar tu áspera virtud! Deja á Cimodocea sus fábulas ingeniosas; ¡el cielo se armará de sus rayos, porque tu esposa, ó si

tu quisieses, tu amante, eubra con algunas flores los elegantes altares de las Musas, y cante los poéticos sueños de Homero? Ten piedad de la juventud y de la hermosura, que no siempre ha sido tan bárbara.

Tales son las peligrosas sugestiones del espíritu de tinieblas. Y al mismo tiempo, con aspecto alegre y páfida sonrisa, lanza contra Eudoro los mismos dardos con que hirió en los antiguos días al más sabio de los reyes; pero el ángel de los santos amores defiende al hijo de Lastenes. Al fuego de los sentidos opone el fuego del alma; á una ternura momentánea una ternura eterna, y con un soplo lleno de pureza desvia los dardos del demonio de la lujuria, cuyas impotentes flechas van á embotarse en el cilicio de Eudoro, como en diamantino escudo.

No obstante, el falso honor del mundo y un cariño tímido aun, vencen en aquel momento en el corazón del penitente soldado, que no queriendo haber sorprendido la palabra de Demodoco y temiendo comprometer á Cimodocea, va á buscar al sacerdote de Homero.

—Vengo, le dice, á eximirte de tu palabra. La felicidad de mi existencia se cifrará en ver cristiana á Cimodocea y en recibir su mano en el altar del verdadero Dios; pero va á efectuarse el empadronamiento del rebaño escogido, y aunque esto nada funesto anuncia todavía, vuestros sentimientos están alarmados tal vez y el porvenir reposa en el seno de Dios; quiero pues, que el hermoso presente que me haces sea espontáneo, y que únicamente tu voluntad decida el destino de Cimodocea y la felicidad de mi vida.

—Mortal generoso! replicó el anciano, derramando lágrimas de ternura, un dios puso en el fondo de tus entrañas la magnanimidad de los reyes de los primeros tiempos, y cuando tu madre te dió á luz en medio de los laureles y de las cintas, el mismo Júpiter colocó en tu pecho tu noble corazón. ¡Oh hijo mío! ¿qué exiges de mí? ¡Tu sabes cuán cara me es mi hija! ¿No podría ser tu esposa, sin abrazar la fe de los cristianos? De este modo quedaríamos libres de todo temor; y sin esponer á Cimodocea á nuevos peligros, la protegerías contra el impio Hierocles.

—Demodoco, repuso con tristeza Eudoro, puedo mediante este esfuerzo más que humano, renunciar al amor de tu hija; pero sabe que un cristiano no puede recibir una esposa envuelta en el impuro incienso de los ídolos. ¿Que ministro se prestaria á bendecir al pie de la cruz la alianza del cielo y del infierno? ¿Mi hijo oiría pronunciar sobre su cuna el nombre del Hijo del Hombre y el nombre de Júpiter? ¿Será la Virgen sin mancilla ó la impúdica Venus la que dé lecciones á mi hija? Nuestras leyes, Demodoco, nos prohiben unirnos á mujeres estrañas al culto del Dios de Israel; queremos esposas que participen de nuestros peligros en esta vida; esposas á quienes podamos abrazar de nuevo en el cielo, después de nuestra muerte.

Cimodocea había oído desde un lugar vecino la voz confusa de su padre y del hijo de Lastenes. El ángel de los santos amores la inspira, y la Madre del Salvador la llena de resoluciones generosas; vuela, pues, al aposento de Demodoco, y cayendo á los pies del anciano, exclama, enlazando las suplicantes manos:

—¡Padre mío! librenme los dioses de afligir tu vejez, pero quiero ser la esposa de Eudoro. Seré cristiana sin dejar de ser tu sumisa y cariñosa hija. No temas por mí los peligros, pues el amor me dará la fuerza necesaria para combatirlos.

A estas palabras, Eudoro dice, levantado al cielo sus manos:

¡Dios de mis padres! ¿qué he hecho para merecer recompensa tan alta? ¡Toda mi vida he ofendido vuestras leyes, y me colmáis de fidelidad! ¡Cumplid vuestros decretos eternos! ¡acabad de atraer á vos á este

ángel de inocencia! Sus propias virtudes la llevan á vuestro seno, no el amor que un cristiano, sobradamente culpable, tuvo la fortuna de inspirarle.

Dice, y se escuchan los pasos acelerados de un mensajero que llega presuroso; ábrense las puertas y se presenta un esclavo de Demodoco que llega del templo de Homero: el sudor baña su rostro; sus piés desnudos y sus desordenados cabellos están cubiertos de polvo, y en el brazo derecho sostiene un escudo partido con el que ha desviado las ramas de las encinas al atravesar la espesura de los bosques. Llega y dice:

—¡Demodoco! Hierocles se ha presentado en el templo de tu abuelo, y sus labios vomitaban terribles amenazas. Enorgullecido con la protección de Galerio, habla con furor de tu Cimodocea, y jura por el lecho de hierro de las Euménides que tu hija pasará á su tálamo, aunque el negro Pesar compañero de las Parcas, deba sentarse en el dintel de tu morada, durante el resto de tus días.

Mortal palidez se estiende por el semblante de Demodoco, cuyas fuerzas se estinguen á tan triste relato; pero esta nueva calamidad fija sus resoluciones. Las órdenes severas espeditas contra los fieles no amenazan á Cimodocea, convertida al Cristianismo, sino con incierto y remoto peligro, mientras que al contrario, el amor del procónsul espone á la sacerdotisa de las Musas á males tan próximos como inevitables. En este apremiante peligro, la protección de Eudoro parece á Demodoco una felicidad inesperada y el único refugio que queda á Cimodocea contra las violencias de Hierocles.

El anciano abraza tiernamente á su hija y dice:

—¡Hija mía! lejos de violar mis juramentos, seré fiel á la empeñada palabra; sé para siempre la esposa de Eudoro; ahora incumbe á este tu defensa, como madre de sus hijos y como compañera de sus días. Acaso los dioses se complacerán en acrisolar tu virtud, mas tu, Cimodocea, no te dejarás abatir. Si hay Musas cristianas, ellas te prestarán su auxilio, y sus cantos llenos de sabiduría, fortalecerán tu corazón contra los ataques de tus enemigos.

Lastenes entró en este momento.

Eudoro entonces aplicó la mano á su corazón en señal de gratitud y ternura, y pronunció estas palabras con voz sonora, fijos en el suelo los ojos:

—Recibo, ¡oh Demodoco! el inestimable presente que haces á Dios por mis manos. Defenderé á precio de toda mi sangre la virgen que me confías; y juro por tí, ¡oh Lastenes, oh padre mío! ser fiel á Cimodocea.

Después de recibido este juramento, el sacerdote de los dioses partió con su hija, abrigando el preycito de cerrar el templo de Homero y encaminarse luego á Lacedemonia, donde la familia de Lastenes debía esperarle en casa de Cirilo.

Demodoco y Cimodocea toman los senderos más estraviados para evitar el encuentro de su perseguidor; mas ya el procónsul había llegado al palacio del Alfeo. Aquellas risueñas soledades, las transparentes aguas del Ladonte, las crestas de las montañas cubiertas de pinos, la frescura de los valles de la Arcadia y las escenas tranquilas que aquellos dulces nombres recuerdan, nada puede calmar la febril agitación de Hierocles. Sus lictores se diseminan por todas partes para recoger á los fieles, pobladores de los apacibles retiros donde en otro tiempo los pastores de Evandro hacían una vida menos inocente que la de aquellos primitivos cristianos. Desde el fondo de las grutas consagradas á Pan y á las dividades campestres, vese bajar multitud de mujeres, niños y ancianos, que los soldados arrastran á su paso. En frente del palacio de Hierocles y delante de una espaciosa pradera bordada por las aguas del Ladonte, alzabase el tribunal del gobernador romano, que en su silla de

marfil, recibía los nombres que debían llenar las listas fatales. De improviso, alzáse sordo murmullo, y los cristianos al volver la cabeza, reconocen la poderosa familia de Lastenes, que era conducida al pie del tribunal.

Semejante al cazador de los Alpes que siguiendo con rústica algarazara una manada de cabras monteses, que saltan entre las rocas y las cascadas, retrocede temeroso al ver al fiero javalí que aparece en medio del fugitivo ganado, y con inmóviles ojos mira al terrible animal que eriza sus cerdas y descubre sus mortíferos colmillos: así Hierocles queda turbado al aspecto de Eudoro, á quien reconoce en medio de su familia. Toda su antigua enemistad se despierta; no ve allí, es cierto á Cimodocea, pero la gentil apostura del hijo de Lastenes, su varonil y guerrero continente y la general admiración que inspira aumentan sus temores. Muchos soldados de la guardia del próconsul que habían hecho la guerra á las órdenes de Eudoro, rodean á su antiguo general y le colman de bendiciones: unos ensalzan su afable condición, otros su generosidad, todos su valor y su gloria. Estos recuerdan la batalla de los francos, en la que obtuvo la corona cívica; aquellos hablan de su victoria contra los bretones; y por donde quiera se repite: «Este jóven guerrero, cubierto de heridas, triunfó de Carrasio; es el general de la caballería; el prefecto de las Galias; el favorito de Constancio y el amigo del príncipe Constantino.» Discursos tales hacen palidecer en su trono al indignado próconsul, que despidiendo bruscamente á la asamblea, se encierra despedido en su palacio.

Hierocles no duda ya que su rival es dueño del corazón de Cimodocea, pues juzga que el amor ha seguido á la gloria. Mil siniestros proyectos asaltan su agitado espíritu: ya quiere arrebatar á viva fuerza la hija de Demodoco; ya arrojar á Eudoro á negros calabozos, pero teme el favor de que el hijo de Lastenes disfruta en la corte; y no se atreve á atacar desembozadamente á un vencedor investido con las dignidades del imperio, porque conoce la moderación de Diocleciano, enemigo siempre de la violencia. Escogita, pues, un medio mas lento pero mas seguro de satisfacer el antiguo rencor que contra Eudoro alimenta: escribe á Roma que los cristianos de la Acaya están prontos á insurreccionarse, y que se oponen al empadronamiento, acaudillados por el arcadio desterrado por el emperador al ejército de Constancio.

Hierocles espera hacer proscribir de la Grecia, merced á tan torpes amaños á Eudoro, y poder seguir sin obstáculo alguno sus culpables designios respecto de Cimodocea. No obstante, rodea de espías y delatores á su competidor, procurando descubrir un secreto que debe labrar la desventura de su vida; pero el hijo de Lastenes no había olvidado los peligros de sus hermanos, pues no era ya aquel jóven incierto en sus deseos y quiméricos proyectos y alimentado de ensueños é ilusiones; era un hombre experimentado por la adversidad, capaz de las acciones mas graves y audaces, reflexivo, circunspecto, laborioso, elocuente en el consejo, animoso en la guerra y dotado de pasiones tanto mas propias para alcanzar un fin elevado, cuanto que no se mezclaban en su alma con frívolas ideas. Conocía el influjo de Hierocles sobre Galerio y el de este sobre Diocleciano, y preveía que el sofista perseguidor de Cimodocea se abandonaría á los mas negros furios contra los cristianos, cuando llegase á descubrir el amor y la conversión de la sacerdotisa de las Musas. Eudoro descubre de una ojeada todos los males de que la Iglesia está amenazada y procura conjurarlos; por lo que antes de marchar á Lacedemonia con su familia, hace partir un mensajero fiel, encargado de instruir á Constantino de la verdad, y de neutralizar en el ánimo de Augusto los peligrosos informes de Hierocles.

Mientras el prefecto de Acaya se retiraba de su tribunal, Demodoco y su hija llegaban al templo de Homero: el fuego ardía aun en los altares domésticos, y Demodoco los hizo al punto reanimar. La ternera de astas de oro fue conducida al santuario, y una copa de plata cincelada fue presentada al sacerdote de los dioses; era la copa de que en otro tiempo se sirvieran Danao y el viejo Foroneo en los sacrificios. Una mano hábil había representado en ella á Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter; los compañeros del cazador frigio parecían poseídos de tristeza, y la fiel trailla hacia resonar con sus dolorosos ladrillos los bosques del Ida. El padre de Cimodocea llenó la copa de vino puro y vistiendo una túnica sin mancha, coronó sus sienes con un ramo de olivo: hubiérasele tomado por Tiresias, ó por el adivino Amfiarao, pronto á bajar vivo á los infiernos con sus armas blancas, su carro blanco y sus blancos corceles. Demodoco derramó la libación á los pies de la estatua del poeta; la ternera cayó bajo el cuchillo sagrado, y Cimodocea, colgando su lira en el altar, dirigió estas sentidas palabras al cisne de Meonia:

«¿Autor de mi estirpe! tu hija te consagra este melodioso laud que tu te dignaste alguna vez templar para ella. Dos divinidades, Venus y el Himeneo, me obligan á pasar al imperio de otras leyes; ¿qué puede una jóven contra los tiros del Amor y la voluntad del Destino? Andrómaca (tu lo has contado), no veía en la soberbia Troya sino á Astianax y á su Héctor. Yo no tengo aun hijos, pero debo seguir á mi esposo.»

Tal fue la despedida de la sacerdotisa de las Musas al cantor de Penélope y de Nausicaa; los ojos de la tierna doncella estaban anegados en lágrimas, porque á pesar del encanto de su amor, echaba de menos los héroes y las divinidades que constituían parte de su familia, y aquel templo donde, hallando á la vez á sus dioses y á su padre, había sido alimentada con el suave néctar de las Musas, á falta de la leche maternal. Todo la arrastraba hácia las hermosas ficciones del poeta; todo estaba en aquellos lugares sometido al poder de Homero; y la futura cristiana se sentía á su pesar dominada por el genio poderoso del padre de las fábulas. No de otro modo, cuando una serpiente esmaltada de oro y azul, hace rodar en medio de una pradera sus cambiantes escamas, levanta una cabeza de púrpura entre las flores, vibra una triple lengua de fuego y lanza miradas centelleantes, la incauta paloma que la descubre desde la altura de los aires, fascinada por el brillante reptil, abate poco á poco su vuelo, va á posarse sobre un árbol vecino, y bajando de rama en rama se entrega al poder mágico que la hace caer desde las bóvedas del cielo.

LIBRO DÉCIMCUARTO.

SUMARIO. Descripción de Laconia. Llegada de Demodoco á la casa de Cirilo. Instrucción de Cimodocea. Astarté envía al demonio de los celos á Hierocles. Cimodocea va á la iglesia para depositarse con Eudoro. Ceremonias de la Iglesia primitiva. Los soldados dispersan á los fieles, por orden de Hierocles. Eudoro salva á Cimodocea, la defiende en el sepulcro de Leónidas, y recibe el orden de marchar á Roma. Las dos familias resuelven enviar á Cimodocea á Jerusalén, para ponerla bajo la protección de la madre de Constantino. Eudoro y Cimodocea parten para embarcarse en Atenas.

DEMODOCO cierra llorando las puertas del templo de Homero, y subiendo á su carro con Cimodocea atraviesa de nuevo la Mesenia. Llega en breve á la estatua de Mercurio colocada á la entrada del Hermeo, y penetra en los desfiladeros del Taigeto. Grupos infor-

mes de peñascos que llegaban hasta el cielo, formaban por ambos lado vastas y estériles laderas, y en sus cimas crecían apenas algunos abetos á la manera que la yerba sobre las ruinosas torres y murallas.

Oculta entre las retamas medio abrasadas, la importuna cigarra hacia oír su monótono canto bajo los ardores del mediodía.

«Hija mía, decía Demodoco, por este mismo camino huyó Licisco, como yo, con su hija á Lacedemonia, y su fuga ocasionó la trágica aventura de Aristómenes. ¡Cuántas generaciones han trascendido para traernos á nuestra vez á estos solitarios lugares! ¡Plegue al gran Júpiter enviarnos alguna señal favorable, y alejar de tí todas las desgracias!»

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando un buitre de cana cabeza, se precipita desde la cima de un árbol seco, sobre una golondrina; un águila descende de la cima de las montañas y arrebata al buitre en sus pederosas garras; de improviso, el relámpago brilla en el Oriente, el rayo estalla y atraviesa con su dardo de fuego al rey de los aires y precipita en tierra al vencedor, al vencido y á su víctima: Demodoco aterrado busca en vano el decreto de los destinos en estos caprichosos juegos de la casualidad. Pero el carro ha salvado la cumbre del Hermeo, y empieza á bajar hácia Pillano. El sacerdote de Homero saluda al Eurotas, cuyas orillas sigue; toca el sepulcro de Ladas; descubre en breve la estatua del Pudor que señala el sitio donde Penélope, próxima á seguir á Ulises, se cubrió ruborizada con su velo. Deja á su espalda el monumento de Diana de Misia, el bosque sagrado de Carneio, las siete columnas, el sepulcro del Caballo, y llega súbitamente á la florida pendiente de una colina que coronaba el templo de Aquiles; Esparta y el valle de la Laconia se presentan á sus miradas. Las cordilleras del Taigeto cubiertas de nieves y bosques, se dilataban al Occidente; otras montañas menos elevadas formaban al Oriente una cortina paralela, y disminuyendo gradualmente de altura terminaban en los vértices rojizos del Menelayon. El valle comprendido entre estas dos cordilleras estaba obstruido hácia el Norte por una confusa mole de montecillos de caprichosos contornos, que adelantándose hácia el Mediodía, iban á formar con sus últimas crestas las colinas que servían de asiento á Esparta. Desde Esparta hasta el mar descubriase un terreno llano, fértil, entrecortado por viñedos y campos de trigo, y sombreado por bosques de olivos, sicómoros y plátanos. El Eurotas deslizaba su tortuosa corriente por esta risueña soledad, ocultando entre bosquecillos de ardisas sus azuladas ondas, embellecidas por los cisnes de Leda.

El sacerdote de los dioses y Cimodocea no se cansaban de admirar tan bello cuadro, pintado de mil colores por los vivos destellos de la naciente aurora. ¿Quién podría pisar indolente el polvo de Esparta y contemplar sin emoción íntima la patria Licurgo y Leónidas? Demodoco agitaba todavía lleno de asombro su cetro augural, cuando ya sus ágiles corceles entraban en Lacedemonia. El carro atraviesa la plaza pública, pasa delante del Senado de los ancianos y del pórtico de los Persas, toma el camino del teatro contiguo á la ciudadela y sube á la casa de Cirilo, construida cerca del templo de Venus Armada.

La familia de Lastenes esperaba la llegada de la nueva esposa en casa del obispo de Lacedemonia, noticioso ya de todo lo ocurrido en Arcadia. Para poner á Cimodocea al abrigo de las tentativas de Hierocles y para que Eudoro adquiriese derechos sobre ella, Cirilo se proponía desposarla con el hijo de Lastenes, no bien fuese declarada neófita, porque la sacerdotisa de las Musas no podía ser la esposa de Eudoro sino despues de haber recibido el bautismo. Los ancianos saludaron á la amable extranjera con grave y santa alegría, siéndole prodigados por su nueva ma-

dre y sus nuevas hermanas las mas tiernas atenciones. Estas caricias que Cimodocea nunca había conocido, le parecían en extremo dulces, aunque no vió á Eudoro, que en aquel momento de felicidad, redoblabá sus vigiliás y austeridades. Aquella misma noche dió principio Cirilo á la instrucción de la jóven infiel, que le escuchaba con candor é ingenuidad, pues la moral y caridad evangélicas llenaban de encanto su corazón. Derramaba copiosas lágrimas sobre el misterio de la cruz y los dolores del Hijo del Hombre; el culto de la Madre del Salvador la llenaba de ternura y delicias; se hacía referir sin cesar por el antiguo mártir la historia del Pesebre, de los pastores, de los ángeles y los magos, y repetía en voz baja estas palabras: «Dios te salve, María, llena eres de gracia.» La grandeza del Dios de los cristianos intimidaba un tanto á Cimodocea, pero buscaba su refugio en María, á quien parecía tomar por su madre. Muchas veces esplicaba á Demodoco algunas de las lecciones que había recibido; sentada sobre sus rodillas le refería con encantador lenguaje la vida feliz de los patriarcas, la ternura de Nacor para con su hija Sara, el amor del jóven Tobías á su extranjera esposa, y le hablaba de una mujer á quien un apóstol hizo salir del sepulcro y devolvió á sus desconsolados padres.

—¿Crees, añadía, que el Dios de los cristianos, que manda amar á mi padre para vivir muchos años, no vale mas que esos dioses que nunca me hablaban de tí?

Nada mas tierno que ver así á esta misionera de nueva especie, alternativamente discípula de un anciano y maestra de otro anciano; colocada como la gracia y la persuasión entre estos hombres venerables, para hacer gustar al sacerdote de Homero las graves enseñanzas del sacerdote de Israel.

El enemigo del género humano veía ciego de furor que aquella virgen inocente se sustraía á su poder, y de ello acusa á Astarté.

—Débil demonio, le grita, ¿qué haces en el abismo? ¿Dejaste el cielo exhalando vergonzos gemidos, y ora te ves vencido de nuevo por el ángel de los santos amores!

Astarté repuso; —¡Oh Satanás! aplaca tu cólera. Si no he podido vencer el ángel que me reemplazó en la mansion de la felicidad, mi derrota misma va á favorecer tus proyectos. Tengo un hijo en los infiernos; pero no me atrevo á acercarme á él, porque sus furios me intimidan. Tú le conoces: baja á su prisión, llévale á la tierra, mientras voy á esperarle al lado de Hierocles; y cuando este mortal se sienta abrasado por mi fuego y por el de mi hijo, nada ya tendrás que hacer sino entregar los cristianos al demonio del homicidio.

Dice; y Satanás se precipita en el fondo del centro de los tormentos. Mas allá de las hediondas lagunas y de los lagos de azufre y betun, en las vastas regiones del infierno, ábrese un calabozo habitado por el mas desventurado de los pobladores de las infernales mazmorras. Tendido entre víboras y horribos reptiles, nunca el sueño acaricia sus ojos; la inquietud, la sospecha, la venganza, la desesperación y una especie de amor feroz agitan sus miradas; horribles quimeras ocupan y atormentan su espíritu; se estremece; cree oír misteriosos rumores y perseguir vanos fantasmas. Para apagar su sed devoradora, bebe en una copa de hierro un veneno compuesto de sus propios sudores y de sus propias lágrimas. Sus convulsos labios respiran el homicidio, y á falta de la víctima que incesantemente anhela, se hiere á sí mismo con un puñal, olvidando que no puede morir.

El príncipe de las tinieblas se detiene á la entrada de la caverna de este monstruo.

—Arcángel poderoso, le dice, pues siempre te he distinguido entre los innumerables espíritus de mi